

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

LA SUPERACIÓN

Una vez más vamos a comprobar que el léxico guarda la experiencia de una sociedad y que cada palabra es un fragmento plegado de nuestra historia. Un tesoro que poseemos sin saberlo. Hoy les propongo analizar la palabra *superar*. A primera vista no parece ni muy interesante ni muy compleja. Superar significa “ser mayor o mejor que otra cosa”, “vencer en una competición”, “ir más allá de una meta”. Lo interesante viene al utilizarla de modo reflexivo o pronomin-

al: “superarse”. ¡Qué extraño uso! Quien se supera es mayor que él mismo, se vence en una competición íntima, se trasciende, es decir, va más allá de sus límites. No es la primera vez que los verbos pronominales, que guardan una huella de la antigua voz media griega, me sorprenden. Podría ponerles muchos ejemplos. “La película aburrió a X” es una frase clara. El tostón fílmico produjo tedio, no produjo la emoción prevista, y no hay más que decir. Pero ¿qué ocurre en la frase “me aburro”? ¿Quién desencadena la acción? Al parecer, yo mismo. Soy la causa y soy la víctima de la situación. ¡Qué triste! ¡Soy yo quien me aburro a mí mismo! Volvamos a *superar*. La palabra resulta clave para comprender uno de los misterios del ser humano: que puede superarse, es decir, mejorarse. Eso no sucede ni en el mundo ideal ni en el resto del mundo real. Un siete no puede ser mejor siete, ni un león mejor que sí

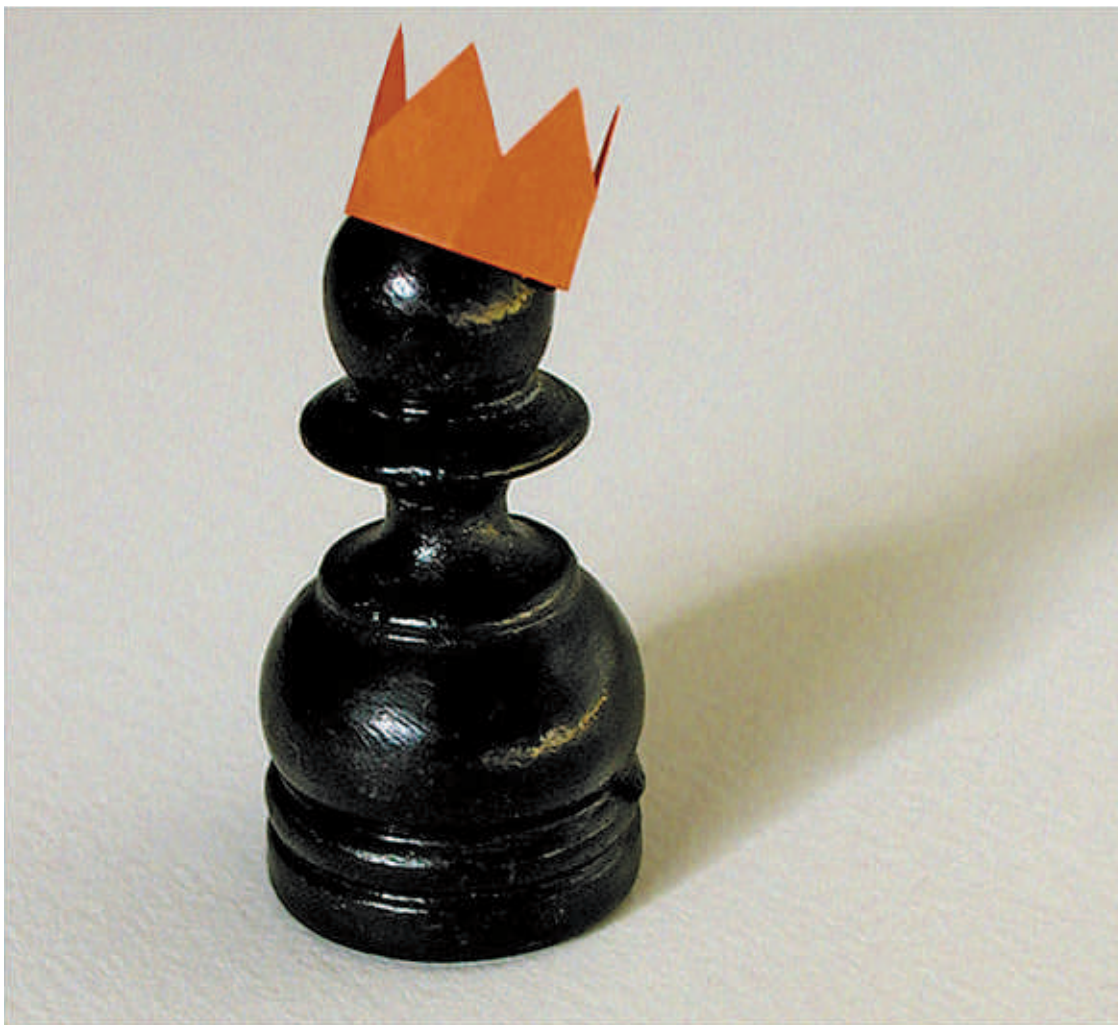
mismo. Hay otras palabras, también misteriosas, que se refieren a este raro fenómeno humano: *sobreponerse* y *aguantarse*. En ambas asistimos al mismo desdoblamiento del sujeto, que tiene la experiencia de encaramarse sobre sí o de ser la viga que sostiene la propia techumbre. Los grandes analistas del alma humana han reconocido este fenómeno. Nietzsche hace decir a Zarathustra: “Ahora me veo a mí mismo debajo de mí”. Séneca elogió a los esforzados hombres “que en sí propios hallaron el ímpetu y subieron en hombros de sí mismos”. Y san Buenaventura advirtió que cualquiera fracasaría “nisi supra seipsumas-cendat”, si no se aupara sobre sí mismo.

El léxico no se limita a decirnos que somos lo que somos, más nuestros proyectos; que nuestra esencia no sólo está abierta hacia arriba, hacia posibilidades mejores, sino también hacia abajo.

EL USO DE LA EXPRESIÓN ‘SUPERARSE’, EN MODO REFLEXIVO, CONLLEVA SER LA CAUSA Y EL SUJETO DE UNA SITUACIÓN

Por eso ha inventado palabras descendentes, como *hundirse*, *degradarse*, *encanallarse*. Y dos vocablos ante los que siento el escalofrío del vértigo y sobre los cuales les hablaré próximamente: *perderser* y *abandonarse*. ¿Qué ha perdido el *perdido*? ¿Cómo puede uno abandonar a uno mismo, es decir, desprenderse y dejarlo solo? En estas pala-

bras –tanto en las positivas como en las negativas– hay profundas tesis metafísicas, por eso al hablar una lengua estamos siendo filósofos sin saberlo. El léxico nos dice que nuestra naturaleza es precaria, incierta, situada siempre en el filo de la navaja, que somos seres angélicos con perdigones en las alas, o humildes topos con injertos aerostáticos. Decidimos someternos a la ley de la gravedad o a la ley del espíritu. En este caso, vivimos a la Münchhausen. Tomo este apelativo del conocido lance de un famoso farsante. El barón de Münchhausen contó que, habiendo caído en un peligroso pantano donde se hundía sin remedio, consiguió salvarse y salvar a su cabalgadura tirándose hacia arriba de la cabellera. No serían, porque así vivimos todos: salvándonos por los pelos. ■



Raúl